

desheredados de la suerte, agregó yo, pueden consolarse oyendo ensalzar en los templos la fraternidad, ó viéndola inscrita, ya en paredes, ya en cajillas de fósforos.

(Continuará.)

Don Nadie

(CUENTO ELECTORAL)

(Conclusión)

* * *

Refugióse el pacífico matrimonio en la capital de la provincia. Allí recibieron varias visitas, entre otras, una muy afectuosa del nuevo gobernador, quien deseando captarse la voluntad del poderoso *cacique*, le ofreció castigar severamente á los amotinados.

D. Facundo rechazó este ofrecimiento y manifestó al jefe de la provincia su propósito de abandonar para siempre la corta é infortunada carrera pública que en tan mala hora había emprendido.

Orgullosa el mandarín, consideró desde aquel día al rico hacendado como un enemigo político que no quería deberle el más pequeño favor.

Llegan nuevos comicios y los electores del distrito de D. Facundo, libres de toda presión por parte de éste y desengañados de diputados monosilábicos, eligen á un charlatán que les había prometido una infinidad de acueductos, carreteras, puentes, y subvenciones, y que se disponía á quemar la sangre de los ministros revolviendo una porción de expedientes que éstos quisieron haber ocultado.

La indignación del ministro que maneja el manubrio electoral fué insuperable: *ab irato* destituyó al torpe gobernador; pero éste, no queriendo dejar el puesto antes de vengar su afrenta en el *hipócrita viejo* que, según presumía, era autor de la derrota, apostó una noche un par de desalmados en una esquina, por donde D. Facundo debía pasar, y le administraron una solemne paliza, que le tuvo un mes en cama.

Convaleciente de ella venía el pobre millonario á Madrid, á donde, después de buscar casa, traería á la pusilánime doña Josefa que, sin más consuelo que la propia insignificancia, había quedado en provincias.

* * *

Pocas palabras necesité para demostrar á mi amigo la completa independencia que se goza en Madrid, y lo fácil que es pasar desapercibido, sobre todo refiriéndole los incesantes esfuerzos que necesitan para romper el hielo de la popularidad cuantos la procuran con todas sus fuerzas.

D. Facundo, optimista impenitente, se había forjado en la mollera todo un porvenir de pacífica paz y feliz obscuridad, sin privaciones ni molestias de ninguna clase hasta el fin de sus días.

Por la noche fuimos al teatro de la Ópera. Imposible describir la burla angelical que el buen anciano hacía de cuantas personas le indicaba que derrochan su fortuna por el afán de lucir y de singularizarse.

—Yo aquí no soy nadie, decía D. Facundo, frotándose las manos.

Y lleno de alegría, se arrellanaba en la butaca, escondiendo la nuca en el amplio cuello de su vetusco y bien conservado frac.

Como ejemplo del desprecio que la fama propia ó agena infundía al ex-cacique sirva una frase:

Massini tomaba parte de la representación de *Aida*. Yo llevaba mi localidad. D. Facundo fué víctima del *Pájaro*, y á pesar de este contratiempo, no se inquietó por averiguar el nombre del célebre tenor, contentándose con oír de mis labios el título de la obra.

Cuando al terminar el *aria mia dolce Aida*, los *bravos* atronados el espacio, mi amigo me tocó ligeramente con el codo exclamando:

«¡Qué bien canta *ese* del morrion!»

* * *

Como no hay dicha completa, durante el primer entreacto vimos que se nos acercaba sonriendo un jóven delgado, con patillas de gomoso y media docena de florecillas en la solapa.

Al que Dios no dá hijos, dicen los Sanchos que el diablo le dá sobrinos. El jóven sonriente era Eduardito, uno de los múltiples aspirantes á la herencia de D. Facundo.

—¡Hola, tío, Vd. por aquí sin avisarme su llegada! Y se puso á charlar como si le hubieran dado cuerda, preguntando á su pariente por la tía Pepa y hasta por el canario y los gatos.

Nos dijo veinte veces que escribía en el periódico ***, y que el director le dejaba hacer y deshacer. Finalmente, se entretuvo en referir multitud de enécdotas inverosímiles, atribui-